

Nadie sabe cuándo, exactamente, nace una vocación. Tratamos de recordar cómo esa simiente se hundió en el cuerpo; nos preguntamos quién la dejó y de qué manera ella, oculta, estalló un día señalando para siempre un destino. Después comprendemos que no era una semilla, sino muchas semillas. Nunca sabremos quiénes o qué cosas hicieron que ellas germinaran, ni de qué lugares vinieron. Puede ser esa sensación de fugacidad, nunca tan intensa como cuando se tienen veinte años. O un consejo que nos hizo crecer. O una palabra oída en la noche, ya olvidada. O la presencia de un maestro que surge, como él surgió una mañana, de súbito, cuando parecía haber desaparecido para siempre.

Lo vi por última vez hace dos años. Barba y cabello canosos: andar escorado, como un marinero que recién desembarca. El humo del permanente cigarrillo que colgaba de la comisura de su boca, hacía que entrecerrara los párpados. Lección de aquellos años —recordé— del Instituto Nacional —1940, 1941—: la palabra de los grandes poetas de los Siglos de Oro fluía de su boca y penetraba nuestra memoria. Nunca la he olvidado.

En 1963 llegó donde yo trabajaba, y con derecho que ejercía por ser, para mí, quien era, se apoderó de mi mesa, sentóse en mi silla, cogió un libro, lo abrió, y comenzó a leer uno de mis poemas. Ese que habla de Quevedo y de sus llagas. Era un abordaje inédito. Y yo, que siento una invencible vergüenza cuando otro lee a mi lado cosas que me costaron soledad y sangre, lo escuché con esa sensación del que ha sido sorprendido en su voz más profunda, porque, además, ha descubierto otra vez al que le abrió innumerables puertas. Sonreía con malicia. Aprobaba balanceando la cabeza. Encendía cigarrillo tras cigarrillo. Miraba. Me miraba como sólo



OPINIONES

Adiós, maestro

MIGUEL ARTECHE

un maestro puede hacer con el discípulo que ha crecido. Y como había llegado se fue. Súbitamente.

Y, ahora, acaba de morir: en los primeros días de enero. Setenta años. Habrá regresado a su infancia de mar, a su casa de Ancud, donde, en lugar de salir a un patio interior, se salía a un malecón. A ese niño de seis años para el cual el mar es algo que se encuentra allí, en su inmensidad, al alcance de la mano. *Hombre libre, siempre amarás el mar*. Ahora está en su total libertad.

¿Servirá su muerte para que, Dios lo quiera, vuelvan a reeditarse sus libros, como lo pedí en 1974 sin que nadie se enterara? ¿Será ese gran desconocido de nuestra literatura, él, cuya prodigiosa palabra tenía, y tiene, textura de plata como para acercarlo a otro, de su mismo nombre de pila y apellido?

Adios, Juan Godoy. O, mejor, hasta que volvamos a encontrarnos en tus páginas deslumbrantes, ésas que debieran conocer todos los chilenos. *Angurrientos*, *La cifra solitaria* o *Sangre de murciélago* esperan la resurrección; si aún guardamos gratitud por un hombre que amó entrañablemente a Chile.